

## La fatalidad del horizonte cerrado



A veces parece que el horizonte se halla a pocos metros de la costa y que más allá de él no existe nada, que esto no es una isla, sino la realidad misma, única e inmutable, a partir de la cual toda otra verdad se disuelve. No hay horizonte: esa línea es el fin del mundo: a partir de ella comienza la ficción, el insondable universo imaginario. No hace falta saber en qué lengua cantan las sirenas si sabemos qué es lo que cantan. Cantan la encantadora melodía de que quizás hay algo real detrás del horizonte.

Otras veces mirar al mar es preguntar, con el aliento contenido:

—¿Hay alguien allá afuera?

Y entonces la respuesta es otra interrogación, en tono dudoso también:

—¿Pero es que hay alguien ahí adentro?

Esta isla es la única tierra indisoluble y un ejemplo de cuán grande es la derrota que la geografía puede infligirle a la historia. Y sin embargo casi siempre la esperanza y la salvación deben llegar desde más allá del horizonte.

Para tantos resulta ingenuo hacer planes *aquí* y para *aquí* si el único futuro concebible se encuentra *allá* y *aquí* es sólo el sitio de los lamentos y del crujir de dientes. Uno lanza su mirada sobre el mar y ruega, en silencio: *Ven a rescatarme, horizonte, ven y llévame ya*. Justo como si uno que se ahoga en el fondo del mar lanzara su súplica hacia lo alto: *Ven a rescatarme, superficie, ven y álzame ya*.

Otros días, el ruego puede ser más

íntimo: *Trágame, tierra; ábrete y trágame ya*.

Mientras tanto, queda la seducción del muro —este muro de lamentos, de enamorados, de caminantes infatigables, de raros vigías, de solitarios y de jueguistas, de ensoñadores y de morosos—, que parece un simulacro de la eternidad. Parado sobre él, uno se entrega al inconsciente placer de volverle la espalda a la ciudad durante un rato, contemplando el mar, y después volver a mirar las calles y los edificios sintiendo que

ha vivido un pequeño viaje. Qué importa cuántos instantes o cuántos minutos han sido si ha sido un viaje y, mejor aún, si nadie lo ha sabido y uno puede regresar a su madriguera con la sensación de algo muy parecido al alivio.

Hay quien es frecuentado por una pesadilla en la que hay una misma imagen con pocas variaciones: todas las aves del mar y de la costa se alinean a todo lo largo del perímetro de la isla, cubriendo cada palmo, vueltas hacia la tierra, piando, chillando, ensordeciendo con la compacta miríada de sus gritos frenéticos

las voces que vienen desde *allá*, un *allá* que tras esa muralla de graznidos parece un *más allá*.

Hay quien se obsesiona con el sol y sólo sigue su curso hipnótico desde que nace en el oriente; su ardiente parábola sobre la isla hasta el cénit para luego hundirse en el oeste y atravesar el cuerpo de la isla por debajo, en sentido inverso, hasta el nadir, y hacia el oriente de nuevo.

Otros hay que saben que seguirá habiendo agua por todas partes *salga el sol por donde salga*, y aun si no saliera o si los soles fuesen varios: uno naciendo al oriente mientras un segundo cae al

oeste y un tercero incinera el cénit, e incluso hay un cuarto chocando con él y zigzagueando, vagabundo, por varias esquinas del cielo a media tarde.

Hay quien escoge, como último recurso, el sol de nadie, el invisible, el secreto sol de la noche, el que alumbraba el inframundo y el reverso de los sucesos diurnos: ese sol negro que ahora mismo está en el cénit invertido de ese mundo enorme, infinito, encima del cual nuestro corazón anhelante es como una cáscara de nuez sobre el océano sin término.

fotos: Rey Rondón

